

Hay otros nombres sin cuya aportación no se explicaría la consolidación (¡por fin!) de una sólida escuela biográfica en España: Agustí Pons o Jordi Gracia, Isabel Burdiel o María Jesús González... Pero tal vez ha sido Caballé quien más ha ensanchado el desafío epistemológico de la biografía. Con rigor historiográfico y a partir de la reflexión sobre el sujeto del psiquiatra humanista Castilla del Pino, en sus libros Caballé ha arriesgado imaginando el origen y el desarrollo de la razón vital de sus personajes. Es una poética que he intentado seguir biografiando a Josep Benet o en *El hijo del chófer*. Es la poética que desvela los vitales ángulos muertos —la ausencia del padre (Umbral), una sexualidad que no puede desarrollarse en plenitud (Laforet, Víctor Català), un orgullo tapado con el rigorismo ético (Concepción Arenal)— que son el motor de una potencia creativa o una proyección cívica necesaria para suturar un dolor antiguo.

Hay otros nombres sin cuya aportación no se explicaría la consolidación (¡por fin!) de una sólida escuela biográfica en España: Agustí Pons o Jordi Gracia, Isabel Burdiel o María Jesús González...

La antropología y su tradición académica*

Peter Wood

LA OTRA NOCHE, UNA LLUVIA HELADA transformó nuestro camino nevado en hielo e hizo derrapar a nuestro carro sobre el toldo hasta una zanja. Salió mejor que el precipicio en el otro lado. Tratándose del Vermont rural, el único accesorio que funcionaba en mi teléfono celular era su lámpara y la casa más cercana suponía un recorrido a oscuras y resbaloso. Tres horas después, la asistencia carretera nos puso sobre cuatro ruedas.

Con seguridad descenderé algunos puntos en las clasificaciones del individualismo escabroso, pero esta aventura sólo

* Traducción de Antonio Saborit.

No es sólo que tengo muchos libros —unos 14 mil—, sino que tengo muchos libros que quiero, incluida una colección de obras de etnografía de todo el mundo.

nos produjo algo de frío a mí y a mi esposa. Las cosas pudieron haber sido mucho peores —y de hecho lo son— en otro lugar. Al menos no nos cruzamos con una ex actriz de *Los guardianes de la bahía* que nos lanzara golpes por viajar sin cubre bocas.

Durante treinta y cinco años he sido semirresidente en Vermont, durante los cuales mi domicilio oficial ha cambiado entre otros estados con la misma frecuencia que las advertencias de una catástrofe climática inminente. Originalmente me establecí en Green Mountains, cuando a la cabeza de la tabla estaba la amenaza del enfriamiento global y una inminente era del hielo.

Como mi casa en Vermont se mantuvo en lo que yo desarrollaba mi carrera por aquí y por allá, ésta se convirtió de manera natural en el depósito de todo lo que no quería conmigo, pero que no estaba seguro de querer dejar. Mi esposa me ha curado de buena parte de ese detrito. Avituallamos un teatro regional con todos los lujosos muebles victorianos de terciopelo que heredé. Nos hemos desecho de grandes aparatos electrodomésticos, lámparas, cristalería, platos, viejos cuadros, trinchadores, un gimnasio o dos. Pero entre lo que queda está mi biblioteca. Y he ahí una carga.

No es sólo que tengo muchos libros —unos 14 mil—, sino que tengo muchos libros que quiero, incluida una colección de obras de etnografía de todo el mundo. El África sub-sahariana; la América del Norte, Central y del Sur; Polinesia, Micronesia, Melanesia; Australia; el sureste de Asia, Japón, Corea, China; Asia central; India; Medio Oriente; África del Norte. Durante muchos años viví bajo el engaño de que un antropólogo debía saber algo sobre todas las partes del mundo y me puse a leer como loco los informes de grandes y pequeños etnógrafos, y amplié la lista para incluir crónicas de misioneros, cuentos de exploradores, informes de funcionarios coloniales y relatos de turistas intrépidos que se salían del camino trillado.

Esto podría parecer un legado que una biblioteca de investigación estaría encantada de recibir, pero, lamentablemente, no. Durante una época fui el bibliotecario en jefe de una gran biblioteca de investigación universitaria y sé exactamente qué pasaría con esta colección. Se vendería poco a poco a los libreros de viejo. A fin de cuentas, esos libreros fueron el origen de muchos de mis volúmenes más antiguos.

Pero sea como sea, la carga mayor que traigo encima de mí es que mi disciplina, la antropología, le ha vuelto la espalda a su tradición académica. La antropología es una disciplina joven, la cual se remonta cuando más a mediados del siglo XIX.

Desde luego que el interés en los habitantes del mundo más allá de Europa es mucho más antiguo que eso. Cuando enseñaba historia de la antropología me remontaba a Heródoto, quien ofrecía relaciones detalladas de egipcios, persas y muchos pueblos más a través de sus lentes del siglo V antes de nuestra era. Y también ponía a mis estudiantes a leer *Germania* de Tácito, para que vieran una relación romana detallada de los bárbaros del norte. Pero la antropología, en la acepción de un esfuerzo sistemático y científico por dar sentido a una gran variedad de la humanidad, fue en buena medida una invención del siglo XIX.

Para ver por qué, tómense los escritos de Henry Home, Lord Kames, brillante jurista y figura clave de la Ilustración escocesa. En los volúmenes de sus *Sketches of the History of Man* (1774), Kames empieza por valorar la evidencia de si la humanidad es una sola especie o una colección de especies. Llega a la conclusión de que los humanos están divididos en especies profundamente diferentes: “Cierto es que los hombres no están equipados de la misma forma para cada clima. ¿No hay razón para concluir que, así como existen diferentes climas, así hay diferentes especies de hombres aptas para estos diferentes climas?” Muchos de los contemporáneos de Kames rechazaron su conclusión. “Cuento con una extenuante oposición”, escribió, pero respaldó su teoría con lo que ahora llamaríamos una abundancia de detalles etnográficos, y concluyó que “de ser todos los hombres de la misma especie, nunca podrían haber existido, sin un milagro, tipos diferentes, como los que en la actualidad existen”.

La conclusión de Kames no va a ninguna parte frente a la ciencia moderna, pero fue un argumento formidable en su tiempo y no tan fácil de atacar. Entre quienes desafiaron la idea de que los humanos están divididos en varias especies distintas, estaba el anatomista británico James Cowles Pritchard, cuya obra de 1813, *Researches into the Physical History of Man*, sostiene que hasta “las razas humanas más disímboles... todas tienen afectos y simpatías comunes, y están sujetas a análogas leyes sentimentales y de acción, y comparten, en síntesis, una naturaleza física común [y por tanto] pertenecen a una especie o linaje”.

Pritchard es a duras penas una nota al pie en la antropología actual, aunque en ocasiones le caiga algún elogio por haber mantenido el principio de la humanidad común durante una larga etapa en la que dominaron visiones como la de Kamen. Un historiador reciente lo encomia por su “promoción apasionada” de su creencia en la “dignidad humana”. Pritchard fue



parte de un puñado de escritores de principios del siglo XIX que sentaron las bases para una visión moral de la antropología que atacaba los razonamientos populares en favor de la esclavitud. De aquí surgiría más adelante la práctica del “trabajo de campo”, *i.e.*, la disposición de los investigadores para aprender lenguas nativas y pasar años viviendo con pueblos no-occidentales con el fin de documentar sus costumbres y creencias.

La etnografía seria se puede remontar hasta los ochocientos cuarenta, cuando un abogado estadounidense, Lewis Henry Morgan, empezó a documentar varias tribus del norte del estado de Nueva York, pero no fue sino hasta los ochocientos ochenta que la observación a profundidad y sostenida se convirtió en el patrón de oro de la investigación antropológica. De la inmersión de Franz Boas en las vidas de los indios Kwakiutl de la Columbia Británica hasta el retiro involuntario de Bronislaw Malinowski durante la Guerra Mundial en las islas Trobriand, cobró cuerpo una forma especializada de la pesquisa desde dentro, la cual mucho abonaría a nuestra comprensión de la diversidad humana.

La antropología puede reclamar con razón un gran logro académico. Los miles de libros escritos por hombres y mujeres que se fueron a vivir durante uno o dos años a lugares remotos, y con frecuencia peligrosos, son testamento tanto de la curiosidad occidental como de la fortaleza personal. Los libros, desde luego, varían en su calidad. Algunos etnógrafos combinaron el rigor científico con la pericia literaria. Otros no contaron con ninguno de estos dos rasgos y algunos personifican al “narrador poco confiable”. Pocos de los tan leídos estudios de Margaret Mead resisten un examen riguroso. Pero vistos en su totalidad, los escritos etnográficos de la etapa 1880-1980 son un monumento intelectual que nunca se ha de repetir.

Menciono el año de 1980, pero es difícil de precisar la fecha real en la que la etnografía se salió del camino hasta caer en una zanja. Durante los novecientos setenta, varios antropólogos prominentes declararon que ellos ya no consideraban una “ciencia” a la disciplina. En cambio, sostenían que era mejor pensar en el etnógrafo como un escritor creativo o tal vez como un memorioso. Un aire de libertad intelectual recorrió los departamentos de antropología, muchos de los cuales estaban cansados de las demandas cada vez mayores de la teoría abstracta y de los informes rigurosos. Al tiempo que este relajamiento general tomaba el control, pasó lo mismo con un intenso estallido de activismo político. La antropología feminista y la antropología neo-marxista se presentaron solas, al igual que formas de antropología postmodernas y otras maneras de



describir la tarea del etnógrafo basadas en la identidad. En breve se sumó a la fiesta la antropología gay y los etnógrafos empezaron a estudiar sus propias comunidades nativas —lo cual validó toda la premisa de encontrar al “otro” en su propio terreno—. Surgió un nuevo tipo de etnografía, llamada a veces “antropología reflexiva”, en la que el escritor dedicaba la mayor parte de su esfuerzo a describir sus propios sentimientos y poca atención prestaba al pueblo al que alguna fundación le había dado recursos para estudiar.

No toda la antropología cayó en una de estas zanjas. Aún es posible encontrar etnografía robusta y bien escrita. Pero es cada vez más rara. También ha aparecido una especialización entre los antropólogos que estudian la historia de la disciplina, lo que trae a la mente el *dictum* de Hegel, “El búho de Minerva solo levanta el vuelo en el crepúsculo”. La antropología tuvo su día. Hoy es una carrera muy popular a nivel licenciatura y nos ha dado figuras tan célebres como el difunto David Graeber, el anarquista que ayudó a organizar el movimiento “Occupy” y cuyo libro póstumo, *The Dawn of Everything: A New History of Humanity* (2021), ofrece una codificación de todas las tendencias perniciosas que caracterizan a la disciplina en su vejez.

Pero hasta aquí. Como ven me salí de la carretera hasta caer en una zanja y en lo que espero aquí sentado en el frío la llegada de ayuda, tengo la oportunidad de reflexionar en todos estos libros que probablemente nadie lea de nuevo o que nadie quiera leer. Ellos apelan a mi vanidad. Me alegra poder dar con el entrepaño del que recupero ediciones muy antiguas de Lord Kames y James Cowles Pritchard. Es posible que yo comparta la suerte de todo académico, cuya vida de estudios con el tempo se ve reemplazada por nuevas ideas frescas. Un sabio alquimista en los tiempos de Lavoisier también debió sentirse abandonado por la historia, sin tener a la vista ningún tipo de asistencia en el camino.

Aun así, creo que vale la pena salvar un cuerpo de sabiduría etnográfica. Es, entre otras cosas, la respuesta definitiva al *Proyecto 1619*; la refutación de la raíz y el tronco de la teoría crítica de la raza; y la extirpación de la diversidad-igualdad-inclusión. Esas ideologías, en el fondo, son esfuerzos por establecer una jerarquía moral basada en la victimización. Ésa es una vanidad peligrosa.

Si se lee suficiente etnografía antigua, el relato de personas que se victimizan unas a otras es ineludible, pero también lo es el conocimiento profundo de la comunidad humana. Como lo percibiera Pritchard hace unos 200 años, nuestras diferen-

No toda la antropología cayó en una de estas zanjas. Aún es posible encontrar etnografía robusta y bien escrita. Pero es cada vez más rara. También ha aparecido una especialización entre los antropólogos que estudian la historia de la disciplina, lo que trae a la mente el dictum de Hegel, “El búho de Minerva solo levanta el vuelo en el crepúsculo”.

cias culturales son miles, pero no lo son todo, y cuanto más hacemos de ellas, peor es nuestro aprieto. La antropología en su mejor expresión nos enseñó que nuestras locuras son tan universales como nuestras aspiraciones; y que aspirar al dominio en nombre de la justicia es sólo otro camino hacia las adversidades y la división. Somos nuestras imperfecciones. Es mejor volver al camino.

The Spectator
30 de diciembre de 2021

Zora Neale Hurston, una sociedad de una sola persona

Claudia Roth Pierpont

Claudia Roth Pierpont es autora de varios títulos, entre ellos *Passionate Minds: Women Rewriting the World* (2000), *Roth Unbound: A Writer and His Books* (2013) y *American Rhapsody: Writers, Musicians, Movie Stars, and One Great Building* (2016). Este ensayo, recogido en *Passionate Minds*, apareció originalmente en la revista *The New Yorker* el 17 de febrero de 1997. Traducción de Antonio Saborit.

EN LA PRIMAVERA DE 1938, Zora Neale Hurston informó a los lectores del *Saturday Review of Literature* que el primer libro publicado de Richard Wright, *Uncle Tom's Children*, lo integran cuatro novelas cortas cuya acción transcurre en un lúgubre pantano de odio racial, en el cual no hay un solo acto de comprensión o simpatía, y en el que por lo general al blanco se le asesina de un balazo. “Aquí hay muchos asesinatos”, escribió, “acaso los suficientes para complacer a los lectores